

LA ENTREVISTA

El sacerdote franciscano Jozo Zovko era párroco de Medjugorje cuando se iniciaron las supuestas apariciones de la Virgen

El P. Jozo Zovko no las tenía todas consigo cuando en junio de 1981 seis jóvenes de la parroquia de Medjugorje acudieron a él asegurando haber visto a la Virgen. El fuerte impacto inicial, unido a una cierta incredulidad, se fueron transformando poco a poco en serena acogida de lo

que Dios, a través de María, quería obrar en aquella pequeña aldea rural de la antigua Yugoslavia. Su implicación en los acontecimientos le condujo a la cárcel, arrestado durante 18 meses por las autoridades comunistas. El P. Jozo confiesa que su vida ha estado al borde del martirio, aunque como ha reco-

nocido en más de una ocasión, siempre se ha sentido protegido por la Virgen. Con la distancia y la objetividad que sólo el paso de los años logra otorgar, fray Jozo Zovko insiste en restar importancia a los fenómenos sobrenaturales y no duda en calificar hoy Medjugorje y sus frutos como un auténtico regalo del cielo.

—Después de 25 años desde el inicio de las supuestas apariciones, ¿qué es lo que más le impresiona a usted del fenómeno de Medjugorje?

—Para mí, los 25 años de apariciones de la Virgen María en Medjugorje son un don y una gracia particular para todo el mundo. Es absolutamente impresionante observar a miles de personas que, como una orquesta, al unísono, rezan y alaban con entusiasmo al Señor. Me recuerdan al pueblo de Israel en el Sinaí. Una Iglesia que reza y al mismo tiempo espera el mensaje y la gracia de Dios. Todo esto es hermoso. Es excepcional. A lo largo de estos 25 años percibo que los peregrinos han ido perdiendo poco a poco la típica curiosidad inicial, para acudir con el corazón cada vez más abierto y disponible ante Dios. Acuden para escuchar, obedecer y poner en práctica la voluntad de Dios a través de la voz de la Virgen. La celebración de estos 25 años pone, además, de manifiesto que así como Jesús creció durante 30 años al amparo de su madre, también nuestra Iglesia ha crecido durante este tiempo. El aniversario pone de relieve una mayor madurez. Intuyo una mayor unción, una mayor presencia de Dios en los corazones, en toda la asamblea. No predomina el afán turístico, sino la acogida de la gracia y del don particular. La presencia de María, aunque invisible a los ojos de la mayoría, se hace cada vez más palpable, más cercana, y es esa presencia la que nos da la verdadera paz.

—¿Cómo invita usted a los peregrinos a vivir este aniversario?

—Para mí, personalmente, este aniversario constituye hoy un gran acontecimiento, un signo, un placer, una alegría... Y también, cómo no, una nueva llamada para seguir anunciando los mensajes de María. ¿Qué nos pide la Virgen? Sobre todo que reemos. Doy gracias por esta llamada a la oración. Es también una llamada a vivir la santidad. A ser verdaderos hombres portadores de la paz.

—De los cuantiosos frutos que en torno a Medjugorje se han producido en estos años, ¿cuáles son los que más le satisfacen?

—El mayor fruto de esta misión de la Virgen entre nosotros es sin duda la oración. No ha cesado en estos 25 años, hora tras hora, en la colina de las apariciones, en la iglesia, por las calles... Siempre hay gente en oración. Existe una oración viva, constante, ininterrumpida. Una oración del corazón, llena de fe, que dura día y noche. Esto es lo que produce en mí una mayor alegría: contemplar a los fieles arrodillados ante el Señor, caminando hacia Él, con radicalidad y sacrificio. El mayor milagro

de Medjugorje es para mí la oración: contemplar a miles y miles de personas, procedentes de todos los rincones del planeta, con diversos idiomas y culturas, rezando juntos al mismo Dios. ¡Esto es realmente hermoso! Rezan delante de la Cruz, delante de Jesús Resucitado, delante de la Eucaristía... Rezan, alaban, dan gracias a Dios. Por

«El milagro de Medjugorje es la oración»

eso no me cansaré de repetir que para mí, lo más maravilloso de Medjugorje es el encuentro con Dios.

—También es impactante ver las largas colas de gente en los alrededores del santuario que desean confesarse...

—Sí, así es. Cada uno en su lengua, después de haberse puesto ante Dios, acuden al sacerdote para confesarle sus pecados, cada uno según sus posibilidades y según el don recibido. A través del sacramento de la Reconciliación reciben la vida nueva con sinceridad y humildad. Es la reconciliación con Dios que nos pide la Virgen y que al fin y al cabo es la que realmente nos pone en paz con nuestro corazón y nos da la verdadera felicidad.

—¿Qué valor le da usted a la sobrenaturalidad de ciertos fenómenos?

—Todo es sobrenatural en Medjugorje. No se puede organizar ni entender humanamente Medjugorje. Son incontables las conversiones que cambian la vida de los peregrinos. Para mí lo más importante de Medjugorje son los frutos. Creo que eso es lo más sobrenatural. La gente viene de todas las partes del mundo, de tierras muy lejanas... Eso no se entiende sin la fuerza sobrenatural por la que se sienten atraídos. Es una gracia extraordinaria. La Virgen los atrae para conducirlos hacia Jesús. Muchos de los que acuden a este lugar llevan dentro de sí una fuerte lucha interna y en este lugar, en contacto con Dios a través de María, hallan la paz.

—Apenas habla usted de los videntes, ¿qué nos puede contar de ellos?

—Ellos sienten una gran responsabilidad ante la Virgen, ante la Iglesia y ante los peregrinos. Desde una obediencia filial a la Virgen ellos se ponen a su disposición y abandonan sus vidas en sus manos. Están al servicio de la Virgen. Han recibido una gracia y han respondido a ella. Pero también están llamados a seguir creciendo día tras día en la fe. A través de las apariciones han ido entrando en el silencio, en el misterio del encuentro. Como han explicado

ellos mismos, cada vez necesitan más tiempo de oración, sobre todo antes del encuentro con la Virgen. Y no lo tienen fácil, pues tienen sus compromisos familiares, con sus maridos o mujeres y con sus hijos. Pese a todo, han demostrado a lo largo de estos años tener un corazón paciente, humilde, que sirve. Humanamente, 25 años dan para perder la paciencia. Es mucho tiempo y es fácil agotarse. Y sin embargo, ellos se mantienen fieles a su misión. Si no fuera verdad, no se hubiera podido mantener tanto tiempo.

—¿Cómo alcanzó la certeza de que las apariciones eran auténticas?

—Mi experiencia ha sido progresiva, paso a paso, no de golpe. Hablaba cotidianamente con los videntes y pude ir verificando poco a poco su experiencia. Desde el principio les convoqué en la parroquia, a ellos y a los fieles que les seguían, para rezar y que el Señor nos iluminara. Tanto los videntes como la gente respondió con gran



entusiasmo, aunque continuaban acudiendo a la colina para las apariciones. Fue el primer signo de autenticidad. Al mismo tiempo se produjo un momento importante, en la oración, a través del cual un día, estando solo en la iglesia, yo sentí internamente las palabras: «Sal fuera y protege a los niños.» Al responder a esta llamada me encontré a los chicos a las puertas de la iglesia, huyendo de los militares comunistas. A lo largo de estos años también ha habido otras palabras y encuentros íntimos en la oración personal, como por ejemplo: «Rezad juntos cada día el Rosario. Rezad

con el corazón.» Los videntes han sido muy obedientes y serviciales. Siempre han insistido a todo el mundo a unirse en oración. También fue para mí un momento muy importante la persecución sufrida y mi paso por la cárcel. Eso me acabó de demostrar que era un hecho verídico, que no era un montaje. Que era la Virgen la que lo guiaba todo y seguía derramando gracias. Para mí, lo confieso, la prisión y la persecución fue vivida como una gracia particular. A través de ella, se cumplía la palabra de Dios y verificaba la autenticidad de la misión de los fenómenos.

—Por lo que dice da la sensación de que la Virgen ha organizado toda una escuela en Medjugorje.

—No me gusta el término escuela. La escuela es un concepto que asociamos sobre todo al ámbito intelectual y en Medjugorje María actúa con mucha más profundidad. Medjugorje no es tanto una escuela como una familia. La Virgen ha creado una atmósfera muy familiar, en la cual se desarrolla y va creciendo la fe con mucha naturalidad. La escuela de la Virgen se manifiesta en la humildad, es una escuela de servicio a Dios y a los demás.

—¿Sueña el P. Jozo con la aprobación algún día de las apariciones?

—Para mí no es eso lo más importante. Para mí la aprobación está en los frutos. Es el mejor signo de autenticidad. Desde el Vaticano no se han prohibido las peregrinaciones particulares, e incluso han alentado el acompañamiento de sacerdotes y religiosos. La misma declaración de Zadar de 1991, que es la que todavía prevalece, deja claro que no se prohíben las peregrinaciones a Medjugorje. Si los frutos son buenos, no se puede objetar nada. Y creo que los frutos que aquí se producen —sobre todo las conversiones— ponen de manifiesto que esto no es algo meramente humano, sino que es gracia de Dios. De lo contrario no habrían durado tanto tiempo.

—Aunque su ministerio se haya visto apartado desde hace muchos años de Medjugorje, ¿sigue allí su corazón?

—Todo es para mí Medjugorje. Vivo de su mensaje y de su espiritualidad. Medjugorje no es una localización geográfica. Medjugorje es un movimiento. Es una inmensa corriente de gracia que se derrama sobre tantas personas que se ponen continuamente a los pies de la Virgen bajo la advocación de la Reina de la Paz.

Reportaje: Samuel Gutiérrez
Enviado especial a Medjugorje